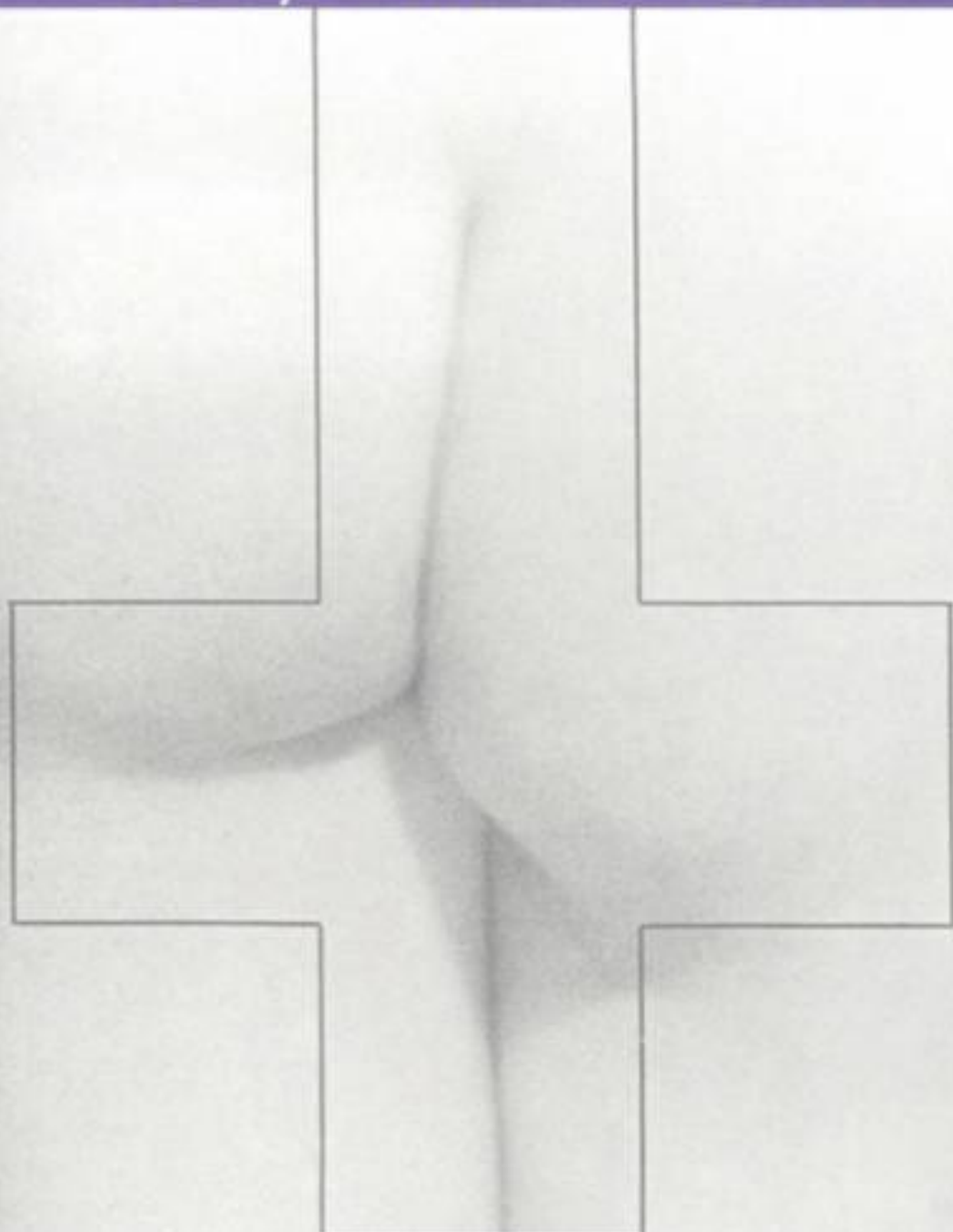


Cristianismo y sexualidad en la Edad Moderna

La regulación del deseo, la reforma de la práctica

Merry E. Wiesner-Hanks



Esta obra examina cómo las ideas e instituciones cristianas han influido en las normas y conductas sexuales desde los tiempos de Lutero y Colón hasta aquéllos de Thomas Jefferson. A partir de una visión global y de una organización geográfica en *Cristianismo y sexualidad en la Edad Moderna* se estudian en sucesivos capítulos la Europa católica, protestante y ortodoxa, Latinoamérica, África, Asia y Norteamérica, y se examinan temas tales como el matrimonio, el divorcio, la fornicación y la ilegitimidad, la sexualidad clerical, la magia y las pócimas amorosas, la homosexualidad y los delitos sexuales.

Esta obra puede situarse en un contexto que abarca muchos ámbitos históricos diferentes —la historia de la sexualidad y del cuerpo, la historia de las mujeres, la historia jurídica, religiosa, gay y lesbiana, y los estudios sobre el colonialismo—, e introduce al lector en los aspectos teóricos y metodológicos clave de cada una de estas áreas.

*En memoria de Bod Scribner (1941-1998),
gran erudito, gran escritor; gran amigo*

AGRADECIMIENTOS

Son muchas las deudas que contrae el autor de un libro; en este caso, al pretender abarcar tanto, mis deudas son tan enormes como de largo alcance. Algunas de ellas son financieras: me gustaría dar las gracias a la Fundación John Simon Guggenheim por su apoyo, que me permitió tener un año libre para investigar y escribir, y también disponer de los fondos para pasar parte de él bajo el sol hawaiano en lugar de en el barro de Wisconsin. Gran parte de mis investigaciones se llevaron a cabo durante el año en que dirigí la cátedra de la Asociación de Mujeres de la Universidad Marquette (AMUW) de Estudios Humanísticos, que me permitió un excelente acceso al material católico, y me gustaría dar las gracias a la AMUW por su apoyo.

La mayoría de mis deudas son intelectuales. Me gustaría dar las gracias en primer lugar y especialmente a tres personas: el fallecido Robert Scribner, que como editor de esta colección me pidió que escribiera algo sobre cristianismo y sexualidad, me enseñó (a mí y a muchos otros) a ver la religión como «un asunto de interpretaciones en continua discusión» y que no palideció cuando sugerí que el libro tuviera una perspectiva mundial; Barbara Andaya, que me invitó a ser la voz comparada en un taller sobre género en el Asia del Sur moderna, me inspiró para que fuera más allá de Europa en este estudio y me organizó una visita docente a la Universidad de Hawai; Samanta McLoughlin, mi ayudante estudiante en Marquette, que fue la que más soportó mi decisión de globalizar y rebuscó entre ingentes cantidades de material, incluyendo casi la totalidad de los setenta y

tres volúmenes de *Jesuit Relations*, buscando referencias al sexo y al matrimonio.

La decisión de contemplar el mundo, en lugar de mi Europa más familiar, significaba que iba a tener que apoyarme en una gran red de amigos y colegas para que me aconsejaran. Ya había descubierto, cuando escribí *Women and Gender in Early Modern Europe*, lo amable que es la gente a la hora de compartir sus conocimientos, y para este libro me dirigí desvergonzadamente a un círculo de personas aún mayor. JoAnn McNamara, Susan Stuard, Judith Bennett, Susan KarantNunn, Scott Hendrix, Ulinka Rublack, Jeffrey Merrick, Susan Burgess, Eve Levin, Mary Elizabeth Perry, Anne Schutte, Larissa Taylor, Allyson Poska, Linda Hall, Barbara Andaya, Carolyn Brewer, Ellen Langill, Elizabeth Hitz, Bea Greene y Linda Kealey leyeron todos (y comentaron) los borradores de los capítulos, y mi querida amiga Gwynne Kennedy leyó el manuscrito entero.

Las conferencias académicas se describen a menudo como fiestas frívolas en las que oímos charlas que deberíamos leer, bebemos demasiado, dormimos poco y comemos demasiado bien. Lo último es sin duda cierto —sobre todo en esas conferencias que tenemos la suerte de celebrar en Italia— pero la pretendida inutilidad de las conferencias se exagera mucho. Tuve la oportunidad de ampliar y ahondar en mis ideas sobre muchos de los temas de este libro gracias a mis compañeros y ponentes en siete conferencias que tuvieron lugar mientras estaba investigando para escribir este libro: «Geschlechterperspektiven in der Frühen Neuzeit» en la Universidad de Frankfurt; «Imaginationen des Anderen» en la Herzog August Bibliothek en Wolfenbüttel (Alemania); «Space and Time in Women's Lives in Early Modern Europe» en el Istituto Storico Italo-Germanico en Trento (Italia); «Das Konzept der Ehre in der Frühen Neuzeit» en el Institut für Europäische Kulturgeschichte der Universität Augsburg (Alemania); «Political Writings, Political Women: Early Modern Britain in a European Context» en el

Folger Institute en Washington, DC; «Engendering the History of Early Modern Southeast Asia», en la Universidad de Hawai; «Attending to Early Modern Women: Crossing Boundaries» en la Universidad de Maryland-College Park. Me gustaría dar las gracias a los organizadores de todas estas conferencias por invitarme y por proporcionar excelentes foros donde se pudo hablar de temas comparativos.

La historia de las mujeres nos ha enseñado que los ejes de la diferencia en la historia no puede reducirse sencillamente a la raza, la clase y el género, sino que son casi demasiado numerosos como para nombrarlos. Me enfrenté a un enigma semejante cuando pensé en todas aquellas personas con las que he discutido los temas de estas páginas a lo largo de los años y cuyas ideas, así como sus trabajos publicados, se encuentran reflejados aquí. Yo pensaba inicialmente darles las gracias como grupo para no dejar a nadie fuera, pero luego decidí que los nombres son importantes (otra idea extraída de la historia de las mujeres). Así pues, además de las personas que ya he nombrado, y pidiendo disculpas a quien pueda omitir, me gustaría dar las gracias a: Darlene Abreu-Ferraira, Margo Anderson, Edward Behrend, Jodi Bilinkoff, Renate Bridenthal, Judith Brown, Martha Carlin, Brenda Child, Elizabeth Cohen, Natalie Zemon Davis, Lisa Di Caprio, Gisela Engel, James Farr, Evelyn Brooks Higginbotham, Fred Hoxic, Grethe Jacobsen, Margaret Jolly, Amy Leonard, Mary Lindemann, Deirdre McChrystal, Jean O'Brien, Beth Plummer, Catherine Pomerleau, Helmut Puff, Elizabeth Rhodes, Diana Robín, Lyndal Roper, Hilda Smith, Ulrike Strasser, B. Ann Tlusty, Gerhild Scholz Williams, Heide Wunder y Max Yela. Finalmente, me gustaría dar las gracias a mi marido Neil y a mis hijos Kai y Tyr por su paciencia durante el largo proceso de creación de este libro, y por compartir sus beneficios y sus perjuicios.

Índice

INTRODUCCIÓN >>

1. EL CRISTIANISMO HASTA 1500 >>

2. EL PROTESTANTISMO EN EUROPA >>

3. CATOLICISMO Y ORTODOXIA EN EUROPA >>

4. LATINOAMÉRICA >>

5. ÁFRICA Y ASIA >>

6. NORTEAMÉRICA >>

CONCLUSIONES >>

BIBLIOGRAFÍA >>

INTRODUCCIÓN

Como historiadora de un período lejano, a menudo contemplo con escepticismo la relevancia de mis investigaciones en el mundo contemporáneo. Al emprender este estudio me llamó la atención lo diferentes que fueron las respuestas al proyecto. Las personas que conocí en reuniones de barrio, partidos de fútbol o en la peluquería se mostraban sumamente interesadas, incluso aunque les dijera que el libro acababa en 1750. Podía, naturalmente, atribuir esto a un interés «lascivo» hacia cualquier cosa que tenga que ver con el sexo, y lo veo como prueba de que el filósofo francés Michel Foucault y el locutor de radio americano Howard Stern, tienen razón: hoy en día la gente quiere hablar de sexo más que de ninguna otra cosa. Pero no sólo se interesaban por la parte sexual, sino también por su relación con el cristianismo, una conexión que les parecía tan evidente como de suma importancia.

Este libro explora cómo las ideas y las instituciones cristianas dieron forma a las actitudes y actividades sexuales desde, más o menos, 1550 hasta 1750, tanto en Europa como en zonas del mundo que fueron colonizadas por las potencias europeas. Aunque en muchos sentidos el tratamiento cristiano del sexo durante este período siguió en gran medida pautas y prácticas emprendidas hacía siglos, he escogido destacar este período, llamado generalmente «principios de la Edad Moderna» por diversas razones. El punto de partida es bastante tradicional y está escogido por su significado en la historia del cristianismo: el desmembramiento del cristianismo dentro de Europa, al mismo tiempo

que la doctrina cristiana se extendía más allá de Europa por medio de la colonización. Ambos desarrollos tienen importantes implicaciones para la concepción cristiana de los patrones sexuales. El punto final reconoce la primaria unión cronológica de tres tendencias: el surgimiento de gobiernos seculares como más autoritarios reguladores de la sexualidad que la Iglesia en muchas partes del mundo, el comienzo de una nueva oleada de exploración y colonialismo, que trajo consigo diferentes temas y poderes coloniales a primer término, y el inicio de lo que los eruditos de la sexualidad suelen llamar «sexualidad moderna». Este cambio de pensamiento generó nuevas ideas acerca del cuerpo, cambios en los patrones de matrimonio, nuevos conceptos sobre la diferencia de género, una mayor importancia simbólica de la sexualidad y nuevos métodos de control de la vida sexual de las personas. Aunque los estudiosos no se ponen de acuerdo en cuanto al momento en que se inició la «sexualidad moderna» ni en torno a sus diferencias con respecto a la anterior, la noción de un punto de inflexión es de todos modos muy poderosa. Por lo tanto, he decidido acabar mi estudio en lo que la mayoría de los estudiosos consideran el principio de la sexualidad moderna.

Junto con la frase «principios de la Edad Moderna», las demás palabras del título pueden requerir también una aclaración. Uso el término «cristianismo» de manera muy amplia, pues el cristianismo tuvo un impacto en la regulación de la sexualidad no sólo a través de la jerarquía de la Iglesia y las ideas de los teólogos, sino también a través de las acciones e ideas de las personas laicas, tanto de los monarcas como de los individuos normales. Incluyo aquí a aquellos individuos o grupos que describían sus acciones como cristianas o mantenían una posición de autoridad ya fuera dentro de una denominación cristiana o de un Estado donde la religión oficial fuera la cristiana. No estoy usando «cristiano» en un sentido moral, y algunas de las actitudes y actividades de las que aquí se habla pueden ser contem-

pladas por mis contemporáneos —y de hecho eran vistas así por personas de principios de la Edad Moderna— como antitéticas a lo que piensan que es el auténtico mensaje del cristianismo.

«Sexualidad» es una palabra más problemática, porque nadie en los siglos de los que hablo la usaba. La «sexualidad», definida como «la constitución o vida del individuo en tanto que relacionado con el sexo» o «la posesión o ejercicio de funciones, deseos, etc., sexuales» se empleó por primera vez en inglés en 1800 y su uso determina el principio de la «sexualidad moderna». Debido a su reciente origen, algunos historiadores prefieren evitar la palabra «sexualidad» cuando hablan de períodos anteriores. Señalan que las personas en siglos anteriores no pensaban en que ellos mismos tuvieran una «sexualidad» ni clasificaban como sexuales cosas que a nosotros nos parece evidente que lo son. Señalan que el griego antiguo y el latín medieval ni siquiera tienen palabras que signifiquen «sexo» o «sexual». No obstante, el empleo de una categoría moderna como «sexualidad» para explorar el pasado no es una práctica inaceptable, porque las investigaciones acerca del pasado siempre pasan por las acepciones y preocupaciones del presente. Por tanto los editores de la principal publicación periódica de este campo han escogido el título de *Journal of the History of Sexuality* [Revista de la historia de la sexualidad] cuando empezaron a publicarla en 1990. Yo también uso la palabra e incluyo en este estudio asuntos que en el siglo XX se consideran relacionados con la sexualidad, aunque no se percibiesen así en siglos anteriores.

Debido al hecho de que explorar todos los aspectos de la relación entre cristianismo y sexualidad durante más o menos dos siglos y medio en todo el mundo sería algo imposible de hacer en un solo libro, he decidido centrarme en los modos en que la gente usaba las ideas e instituciones cristianas para regular y dar forma (o intentar regular y dar forma) a normas y conductas sexuales. Excepto en el Capí-

tulo 1, que se remonta a estos temas desde el principio del cristianismo hasta más o menos 1500, los capítulos son principalmente geográficos: Europa protestante, Europa católica y ortodoxa, Latinoamérica, África y Asia, Norteamérica. Cada uno de estos capítulos revisa nociones populares y aprendidas de sexualidad, tanto cristiana como, en zonas de fuera de Europa, no cristianas. Hablan luego del desarrollo y funcionamiento de las instituciones cristianas, como códigos de leyes, tribunales, prisiones, y reglamentaciones matrimoniales, así como los cambios reales en temas como matrimonio, divorcio, ilegitimidad, relaciones sexuales autorizadas o desautorizadas, brujería, relaciones entre cristianos y no cristianos y entre diferentes denominaciones de cristianos, y crímenes morales. Aunque el libro se orienta hacia los cambios intelectuales e institucionales y sus consecuencias sociales más que hacia el cambio social por sí solo, debería quedar claro que no entiendo el cristianismo como una fuerza o regulación abstracta o como algo impuesto en el vacío. Los regulados, así como los reguladores; dieron forma a las estructuras intelectuales e institucionales del cristianismo. Cuando el cristianismo se dividió en numerosas denominaciones y se expandió más allá de Europa, la dialéctica entre la teología oficial y las respuestas de los practicantes se volvió mucho más compleja.

ANTECEDENTES GENERALES, TEÓRICOS E HISTORIOGRÁFICOS

Este estudio recurre a investigaciones y análisis en muchos campos de la historia, campos que a veces se solapan o interactúan sinérgicamente, aunque otras veces son mutuamente hostiles. Entre ellos destaca la historia de la sexualidad que, hasta hace poco, se consideraba como un ámbito de investigación erudita cuestionable o como poco marginal. Vern Bullough, uno de los primeros investigadores de

la sexualidad medieval, destacó que durante los años sesenta —la década de la «Revolución sexual»— sus investigaciones acerca de temas como la homosexualidad, la prostitución y el travestismo eran rechazadas en las publicaciones históricas por inadmisibles, mientras que libros que evitaban cualquier discusión sobre sexo, como *The Greek Way*^[1], de Edith Hamilton, eran éxitos de ventas. Esta actitud empezó a cambiar en los setenta por diversas razones. Los historiadores se interesaron más por las vidas de la gente corriente que por las elites políticas o intelectuales, y usaron metodologías de otras disciplinas como la antropología o la economía para crear lo que denominaron la Nueva Historia Social. Estos cambios se unieron al movimiento feminista y fomentaron un enorme interés por la historia de las mujeres, de la cual era una parte muy significativa la historia del cuerpo y la vida sexual de las mujeres. El movimiento gay de liberación animó tanto al debate público sobre asuntos sexuales en general como al estudio de la sexualidad en el pasado y en el presente. Igual que en el caso de la historia de las mujeres, desafió la suposición de que las actitudes y prácticas sexuales o roles sexuales eran «naturales» e inamovibles.

La desnaturalización de la sexualidad y el género sexual condujo a algunos eruditos a afirmar que el propio cuerpo tiene una historia, es decir, que la comprensión cultural de los procesos corporales, incluyendo la sexualidad, que dan forma al modo en que la gente experimenta sus propios cuerpos, ha cambiado a lo largo del tiempo. Esta posición es etiquetada a menudo como «construccionismo social» y sus propulsores más radicales argumentan que todo está determinado por la cultura. Afirman que, como la experiencia de «homosexuales» y «heterosexuales», o incluso de «hombres» y «mujeres» difiere tanto de una cultura a otra o entre clases dentro de una misma cultura, éstas son simples categorías que no tienen base física. Lo que normalmente llamamos «biología», desde esta perspectiva, es también

una construcción social e históricamente variable —la propia palabra «biología» no aparece hasta 1802, más o menos a la vez que sexualidad— y los que argumentan una base biológica o fisiológica para la orientación sexual o diferenciación de género son «esencialistas». Muchos historiadores de la sexualidad señalan que la mayoría de las pruebas anatómicas y genéticas usadas actualmente por los investigadores médicos para explorar el género y las diferencias sexuales no son aplicables a poblaciones desaparecidas hace mucho tiempo; las excepciones son aquellas pocas pruebas que pueden hacerse en restos de esqueletos. Señalan que lo único que los historiadores pueden explorar acerca de la sexualidad pasada es su construcción social, su significado, porque eso es lo que contienen los registros históricos.

El interés por el significado de la sexualidad también refleja una tendencia más general de los estudios históricos durante la última década, conocida como «la orientación lingüística» o la Nueva Historia Cultural. Bajo la influencia de la teoría literaria y lingüística —a menudo denominada vagamente «deconstrucción» o «posestructuralismo»— algunos historiadores centran su atención en las palabras del pasado más que en los hechos, individuos o grupos. Los partidarios más radicales de este punto de vista dicen que lo único que podemos conocer de la historia son las palabras; es decir, como las fuentes históricas siempre presentan una imagen parcial y sesgada, nunca podemos saber realmente lo que ocurrió en realidad. Los documentos históricos están «construidos», escritos por individuos determinados con intereses particulares y sesgos que consciente o inconscientemente conforman su contenido. No son por tanto diferentes de los textos literarios, y los historiadores deberían analizarlos sencillamente como textos, elucidando sus posibles significados. Los historiadores no deberían preocuparse por buscar la «realidad» en este punto de vista, tanto porque hacerlo demuestra un ingenuo «positivis-

mo» como porque el propio lenguaje determina nuestra comprensión de la realidad. La mayoría de los historiadores no adoptan un enfoque tan extremo, sino que, como mínimo, consideran sus fuentes como reflexiones parciales de la realidad de algunas personas. Tienden a usar un abanico más amplio de fuentes que en décadas anteriores —las fuentes literarias y artísticas son en gran medida parte de la Nueva Historia Cultural— y esto ha aumentado notablemente la serie de fuentes disponibles para el estudio de la sexualidad. En muchas épocas los asuntos relacionados con el sexo aparecían con mucha mayor probabilidad en pinturas, poesía y teatro que en fuentes históricas tradicionales, como las crónicas.

Este gran énfasis en el lenguaje, o en lo que a menudo se denomina como «discurso» dado que incorpora materiales visuales tales como cuadros y películas además de textos escritos, puede encontrarse en muchos ámbitos de la investigación histórica actualmente, pero especialmente en el estudio de la sexualidad. Esto se debe en gran parte al teórico más importante de este campo, el filósofo francés Michel Foucault, que en 1976 empezó a publicar una *Historia de la sexualidad* en varios volúmenes, que pretendía cubrir el tema en Occidente desde la Antigüedad hasta el presente. Aunque sólo se publicaron tres volúmenes antes de su muerte en 1984, el primero de ellos, junto con otros trabajos de Foucault sobre prisiones, locura y medicina, influyeron en gran manera en historiadores posteriores.

Foucault argumentaba que la historia de la sexualidad en Occidente no se caracterizaba por la represión creciente de un impulso biológico libre, sino por la «transformación del sexo en discurso». Este proceso empezó con la práctica cristiana de confesar los pecados a un sacerdote, rito en el que, primero los actos; y luego los pensamientos y deseos, se describen por medio del lenguaje. Esta práctica se extendió después de la Reforma ya que los católicos requerían confesiones más extensas y con mayor frecuencia y los

protestantes constituyeron el examen personal de la conciencia por la confesión oral con un sacerdote. Foucault decía que a finales del siglo XVIII la sexualidad empezó a ser motivo de preocupación para las autoridades que estaban fuera de las instituciones religiosas; las autoridades políticas trataron de fomentar el crecimiento constante de la población; las autoridades educativas se preocupaban por la masturbación y la sexualidad de los niños; y las autoridades identificaron y calificaron de patológicas las «desviaciones» sexuales y convirtieron la fertilidad en el aspecto más significativo de la vida de las mujeres. Foucault fue trazando esta expansión de los discursos sobre el sexo hasta el presente, cuando «hablamos más de sexo que de ninguna otra cosa»^[2], y creó la «sexualidad» moderna tal como ahora entendemos el término. Antes de que la gente aprendiera a hablar de sexo tan abiertamente, el sexo existía, según Foucault, pero no la sexualidad. La sexualidad moderna está estrechamente relacionada con el poder; no solamente con el poder de las autoridades para definirla y regularla, sino también con el poder inherente a cualquier relación sexual. Este poder —de hecho, cualquier poder, en opinión de Foucault— está íntimamente relacionado con el saber y «la voluntad de saber», subtítulo original del primer volumen de su *Historia de la sexualidad*.

Los historiadores de la sexualidad posteriores a Foucault han elaborado a menudo opiniones definiendo lo que es específico de la sexualidad occidental moderna (muchos estudiosos ven ahora que la gran ruptura con el pasado tuvo lugar en el siglo XIX y no en el XVIII, con el desarrollo de la noción de una «identidad sexual»); exploran los mecanismos que definen y regulan la sexualidad; e investigan los modos en que individuos y grupos describen y entienden sus vidas sexuales. Otros estudiosos han señalado lagunas o puntos débiles en las teorías de Foucault, y hablan de temas que él ignoró ampliamente, como la sexualidad fe-